

no, desarmen vuestra justicia, y os hagan propicio á nuestros ruegos en el tiempo y por toda una eternidad. Amen.

SERMON

DEL VIERNES PRIMERO DE CUARESMA.

IDEA: LA NECESIDAD Y SEÑALES DEL AMOR DE LOS ENEMIGOS.

Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros: (Matth. 5. v. 44.)

Amar á los enemigos por Dios, y según Dios, es efecto de la verdadera caridad; es mandamiento expreso de Jesucristo. Yo os lo digo; amad á vuestros enemigos: no basta no vengarse, tolerar una injuria sin quejarse, no murmurar ni exasperarse, y calmar todos los resentimientos; es preciso amar á los enemigos: amarlos aun en el instante mismo en que nos dan las señales mas sensibles de su odio. Varios son los ejemplos que pudiera ofreceros de la Escritura Sagrada en confirmacion de este precepto; y sin extenderme ahora en el que nos dió el mismo Jesucristo cuando pedia al Padre perdon por todos los que le crucificaban; quiero proponeros la mansedumbre de David. Saul envidioso del mérito de este Rey, le persiguió sin descanso: ya intentó atravesarlo con la lanza, ya le persiguió con mano armada hasta en las cavernas, ya bajo pretexto de honor

le puso á la frente de mil hombres para que pereciese á manos de los Filisteos, ya entró á sangre y fuego en la ciudad de Nobé, porque la creyó aliada con su enemigo.

Absalon, hijo cruel y desnaturalizado, quiso quitarle tambien el trono á su padre, despues de haber levantado el estandarte de la rebelion en medio de sus estados, y haber sublevado á todo Israel contra su padre David: marchó aceleradamente á Jerusalem para arrojar á su padre de allí y subir á su trono, para establecerse en él. Semeí con sus maldiciones y ultrajes, insultaba de un modo indigno á su desgraciado Rey; vomitaba contra él las imprecaciones mas atroces. Y cómo se portó David con todos estos enemigos? pudo arruinar á Saul, y le conservó la vida: muere Saul, y llora el manso David, y castiga con la muerte al que llevó la noticia: teme y se interesa á favor de su rebelde hijo; le ama aunque le ve con las armas en la mano contra él; da órdenes á su ejército para que su hijo Absalon no sea ofendido de nadie. Perece este hijo rebelde, y David hace votos por su restauracion aun á expensas de su vida. Semeí le ultrajó; pero David se constituye su abogado, y le salva una vida que merecia perder.

Aprended, pues, almas bajas, hijos de ira, con vosotros hablo hoy. La práctica de este Santo Profeta debe ser el espejo en que reverberen vuestras operaciones: vengativo que no respiras sino odio y venganza, yo vengo á mostrarte la indispensable necesidad en que estás de amar á tus enemigos: primera parte. Cristianos seduci-

dos, que os lisonjeais de que amais á vuestros enemigos, voy á convenceros de que los aborrecéis al mismo tiempo que creéis los amais: segunda parte. Con esto vereis claramente la necesidad y las señales del amor de los enemigos.

PRIMERA PARTE.

Debemos amar á nuestros enemigos porque Dios lo manda; porque ellos lo merecen; por nuestro propio interés: tres razones esenciales, que prueban la necesidad de amar á nuestros enemigos. Y sin duda, vengativos, aleguéis lo que quisieris, la ley establecida en favor de los enemigos tiene como las demás leyes sus obligaciones de precepto, y sus prácticas de consejo: no aborrecer á su enemigo, no mostrarse indiferente respecto á él, esto es lo esencial de la ley que nos impone Jesucristo. Yo podía deciros de paso que esta indiferencia no es mas que un odio disfrazado, y un velo que solo sirve para encubrir vuestra perfidia; pero no, es Jesucristo mismo quien va á correr esta cortina hipócrita. No dice en su ley no aborrezcais á vuestros enemigos, sed indiferentes con ellos; expresamente dice: Yo os digo que améis á vuestros enemigos.

No es Moisés el que acaba de anunciaros mi voluntad, soy yo vuestro Criador y Redentor, Autor de todo el mundo; estais sujetos á mí sin excepcion. Dios del que ofende y del ultrajado, puedo disponer del uno y del otro como Soberano. Obedeced pues la ley que os instituyo de amar á vuestros enemigos. Diviertase el sofista en pro-

bar que la venganza es un sentimiento natural; que el conquistador, picado de una falsa gloria, sostenga que es un cobarde el que no persigue á su adversario; yo denuncio los sistemas ridículos del uno y del otro, y vengo á imponer la obligacion de amar á vuestros enemigos: yo lo mando, dice Jesucristo, obedeced. Toda causa se humilla bajo de mi poder. Los hijos deben obedecer á su padre, yo lo soy, vosotros lo decís todos los dias, amad pues á vuestros enemigos: yo soy el que lo digo. ¿Qué poder no manifiesta el Legislador en esta nueva ley? ¿qué insinúa? su palabra, dice el Sabio, está llena de imperio; y ¿quién será el que se atreva á resistirle? Callad, pues, sentimientos injustos, bárbara venganza, enojos odiosos, es no menos que todo un Dios el que os habla.

Jesucristo habló: en cada página de su Evangelio nos declara su voluntad; ¿qué partido podreis tomar? ¿qué partido? obedeced: ¿sereis rebeldes á sus órdenes, cuando el infierno, la muerte y la nada son dóciles y obedientes á su voz? todo hombre ¿no es hechura de sus manos? si tiene derecho para mandar sobre el espíritu, ¿por qué no sobre la voluntad? si puede exigir del espíritu que sacrifique sus luces á la fe, ¿por qué no podrá exigir de la voluntad que sacrifique sus resentimientos á la caridad? no digais, pues, para justificar vuestra pasion, vengativos, que no teneis fuerza para vencer esa secreta repugnancia de la naturaleza; que no está en vuestro poder el amar al autor mismo de vuestro mal; que no podeis besar la mano que os maltrata,

que corre aun la sangre de vuestra herida, y que no puede cicatrizar tan pronto. Dios ha dicho amad á vuestros enemigos: á un decreto tan expreso ¿qué teneis que replicar? Pasion, conveniencia, razon humana, callad; es preciso obedecer, es indispensable amar.

Si todos tenemos por padre á Adan en el orden de la naturaleza, todos somos hermanos en Jesucristo en el orden de la gracia; todos somos miembros unos de otros, pues que comemos todos un mismo pan, y bebemos de un mismo cáliz. Ahora bien; si nuestros enemigos aunque nos persigan, no por eso dejan de ser nuestros hermanos y miembros del cuerpo de Jesucristo, ¿nos atreveremos á ofenderles sin ofender á Jesucristo mismo? Él nos ha concebido á todos en las entrañas de misericordia, ¿y hemos de hacer del pecho de nuestro Padre el teatro de nuestros combates? pues será preciso que con esta guerra intestina despedacemos las entrañas paternas que nos llevan. Ved, pues, si merecen tambien nuestros enemigos nuestro amor.

Convengo que en la flaqueza y debilidad á que el pecado ha reducido al hombre, semejantes motivos harian poca fuerza contra una violenta passion; pero la Religion nos ofrece todavía motivos mas superiores: poned la atencion en algunos, porque si sabeis aprovecharos os servirán de poderoso socorro. Considerad cuán venturoso es en la vida cristiana hallar ocasiones de practicar acciones heróicas que comunmente van acompañadas de grande abundancia de gracias, y de que depende muchas veces nuestra salva-

cion. Al sacrificio de Abraham estaban adheridas todas las bendiciones que Dios derramó sobre él y sobre toda su posteridad; y para hallar ejemplos mas propios, San Ambrosio atribuye al perdón que José concedió á sus hermanos, las prosperidades con que fue colmado. Advertid, pues, ya, como haceis vuestro propio interés en perdonar á vuestros enemigos.

Si Dios por su sabiduría no nos hubiera impuesto el precepto de amar á nuestros enemigos, ¿qué sería de la sociedad humana y de la tranquilidad pública? Permitir á cada particular que se vengase de las injurias, que él decia ó suponía haber recibido, ¿no sería sembrar la division y el trastorno, autorizar el crimen, y dar armas á un furioso? ¿Qué confusion no introduciria en el mundo una sentencia tan injusta? por el contrario, ¿qué bienes no nos proporciona este precepto? ¿qué tranquilidad goza el cristiano que perdona? dueño de sí mismo, está siempre en paz. Risco inmóvil y firme, ve despedazarse á sus pies las olas de las pasiones humanas, y todos los golpes que dan á su intrépido corazón, son, digámoslo así, otros tantos golpes al aire que no pueden tocarle. Además de esto, con su dulzura y mansedumbre sabe calmar el furor de su enemigo; y lo que el agua es para el fuego, dice San Juan Crisóstomo, eso es la mansedumbre para la cólera. Una palabra apacible dulcifica el furor del enemigo. ¿Qué podreis oponer ahora vosotros á tantas razones, pecadores inflexibles? ¿que no podeis resolveros á perdonar? el mundo os dice que se puede aborrecer al enemigo, y el Evan-

gelio defiende que se debe amar; ¿quién de estos dos vencerá? ¿el mundo? pues ea, pecadores vengativos, no esperéis misericordia. ¿Vosotros esperáis que Dios os perdone mil delitos, no queriendo vosotros perdonar á vuestro hermano? Huid de aquí, impíos y crueles, no oreis ni receis ya: vuestra oracion misma forma el decreto de vuestra eterna condenacion; retiraos de los templos y de los altares: ¿con qué vergüenza osais ofrecer á Dios la sangre de Jesucristo con manos bárbaras y sangrientas? en vano hareis penitencia, en vano confesareis, en vano rezareis á los Santos; todo vuestro trabajo será en vano sino perdonais.

Luego es constante, que solo á precio de nuestra caridad y de nuestra paciencia con nuestros enemigos, podremos obtener de Dios misericordia. Hasta aquí habeis visto la autoridad del Legislador que os manda no solamente el no aborrecer, sino amar positivamente al enemigo; los motivos que ellos tienen para ser amados de nosotros, y las grandes ventajas que nos proporciona el perdon respecto de nuestra misma utilidad: ahora quiero manifestaros cuál debe ser vuestro amor, y cuán agenos estais de amar, aun cuando conceptuais que nada teneis con vuestro adversario: este es el blanco de mi

SEGUNDA PARTE.

Jesucristo Señor nuestro no solo nos manda perdonar las injurias, sino que tambien nos dice que amemos á nuestros enemigos; y este amor

que nos ordena, no es un amor exterior ó político, tal como lo exige la prudencia humana, pero sí es un amor interior y sincero que reside en el fondo del corazon; y así no basta perdonar al enemigo, es menester tambien que este perdon sea hijo de nuestro amor: amar al enemigo con un amor sincero, es observar la misma conducta con él, que observasteis antes que él os hubiera ofendido; saludarle, hablarle, mostrarle la misma estimacion, y darle á conocer con los mismos testimonios exteriores, que ocupa en vuestro corazon el mismo lugar que ocupaba antes de la ofensa.

¿Qué es una reconciliacion sincera, y en qué consiste? su efecto propio, y aun su efecto necesario, es cambiar de tal modo el corazon á vista de su enemigo, que no pueda dudar él mismo de nuestro regreso á favor de él. El amor que Dios prescribe, no es un amor estéril; el amor que debemos al que nos ha ofendido, debe obrar al principio dentro y sobre el corazon, y despues debe manifestarse en el exterior y en el proceder: sobre esto pueden notarse dos ilusiones: la primera es la de aquellos que se contentan con algunas demostraciones exteriores que no son sino pruebas muy equívocas de un corazon mudado: la segunda, la de aquellos que se lisonjean sobre ciertos sentimientos interiores que por lo regular nunca llegan á efecto. Los unos engañan al mundo, queriendo parecer reconciliados sin serlo; los otros se engañan á sí mismos, persuadiéndose que pueden ser reconciliados sin manifestarlo.

Bien sé que me direis que amais á vuestro enemigo, que todo el mal que le deseais que caiga sobre vosotros; está bien: ¿pues por qué ostentais complacencia en su desgracia? ¿por qué os sentís heridos de un secreto pesar, cuando la fortuna se les muestra favorable, y el público haciendo justicia aplaude los talentos que le distinguen? ¿por qué pagais con una sonrisa maligna á los que no le maltratan en vuestra presencia, sino para lisonjear vuestros resentimientos? direis que le amais; ¿pues por qué le habeis cerrado la puerta de la fortuna, donde se ve detenido por obstáculos invencibles y desconocidos? Decís que le amais; ¿pues por qué acechais con malignidad y depravadas intenciones sus procedimientos para envenenarlos? ¿por qué estudiáis la parte flaca de su vida para hacerle víctima de vuestras crueles censuras? ¿por qué ocultando vuestro odio con preludios ostentosos y estudiados, haceis que se os deslicen palabras asesinas que le matan entonces mismo, cuando aparentais lástima? ¿por qué no contentos con descubrir sus flaquezas, desenterrais inhumanamente las cenizas de sus padres, para sonrojarle con defectos extranjeros que el tiempo y la penitencia han borrado ya?..... ¡Ay de mí! Si así amais al enemigo, es muy falso vuestro amor. Amar como manda Jesucristo, es hacer bien al objeto que se ama, ó desear y querer hacerlo cuando verdaderamente no se puede. De aquí se infiere, que el mismo precepto que manda amar, manda también hacer bien. Se dice comunmente: yo no quiero mal á ese hombre que

me ha ultrajado; yo no hablo mal de él. ¿Hablar así, y obrar de este modo, es por ventura cumplir la ley que me manda hacerle bien? No por cierto; porque este modo de hablar y proceder se limita en la indiferencia, y Dios exige aquí de nosotros un amor benéfico y oficioso; luego tanto como dista la indiferencia del amor, otro tanto dista la conducta de semejantes cristianos de la observancia del precepto que les obliga á amar y favorecer á sus enemigos.

No se trata aquí de un amor sensible, ni de un afecto tierno; que este no se nos ha mandado por no ser libre. Dichoso aquel que podria amar bastante á Dios, para amar así á sus enemigos: no se trata sino de una amistad verdadera, que puede existir sin aquella sensibilidad que no está en el precepto. Es preciso, en fin, amar á los enemigos con un amor lleno de bondad, compasivo, y siempre dispuesto para hacerle bien. Según la ley, y toda la extension de ella, es preciso amar á nuestros enemigos en Dios, á vista de Dios, y por amor de Dios.

¡Oh! vosotros que creéis amar á vuestros enemigos volviendo mal por mal, desengañaos y abrid los ojos: ¿es posible que os lisonjeeis de amar á vuestro enemigo? ¿este estado de neutralidad, esa fria suspension del corazon, ¿cómo es posible? ¿no es un estado quimérico é imaginario que jamás podrá suceder? Porque en fin, sola la caridad es la que puede cumplir la ley; y la indiferencia, aun cuando podais permanecer en ella, ¿podrá ser jamás el carácter del verdadero cristiano? además de esto, ¿no es muy

justo que trateis á vuestros enemigos como el mismo Dios os trata á vosotros? vosotros sois enemigos de Dios, y por esto deja Dios de derramar sobre vosotros á manos llenas innumerables beneficios? Luego es preciso perdonar á los enemigos, amarlos, y amarlos con un amor sincero; y ved aquí las señales y la necesidad de este amor. Este no es un entusiasmo de un orador; es una verdad fundada en todos los cánones y principios de la Religión.

¿Todavía no os rendís, vengativos? ¡oh! vosotros que os creéis con poder para restringir la ley segun vuestro capricho; ¿todavía estáis indecisos? Al salir de este discurso de paz, y de este lugar de reconciliacion, ¿aun no ireis á anticiparos y abrazar á esa persona que vuestra indiferencia evita, y vuestra frialdad excusa tratar? id, pues, y proseguid perdonándola, y no amándola; pero antes de tomar vuestro partido, oid los terribles anatemas que tengo orden de intimaros, y mirad bajo qué penas está impuesto el precepto de amar á los enemigos. Si hay alguno de estos en el mundo á quien vosotros no mireis como á vuestro hermano en Jesucristo, ya no hay Padre para vosotros en el cielo: si en sus necesidades urgentes ya no halla en vosotros un amigo que le socorra, vuestro Salvador ya no será Salvador para vosotros en las graves necesidades de vuestra salvacion: si vosotros cortais el trato con vuestro enemigo, el Espíritu Santo renuncia todo enlace y comunicacion con vosotros: si os negais á ver á vuestro enemigo, el Señor consiente para siempre el privaros de su amable

presencia: las cátedras evangélicas solo están hechas para condenaros: los tribunales ya no se abrirán para absolveros: el cordero sin mancha ya no se inmolará sobre los altares para santificaros: vosotros mismos os excomulgareis del Sacramento adorable, y á pesar vuestro todas las veces que receis la oracion comun de los fieles pronunciareis vuestra condenacion, y consentireis vuestra reprobacion aceptando lo que hay de mas funesto é infeliz en la condenacion eterna.

Pero no, Dios mio, vos habeis puesto vuestra propia gloria en perdonar al pecador, y nosotros pondremos la nuestra en perdonar á nuestro prójimo. Recibid, Señor, este sacrificio &c.

SERMON

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

~~~~~

IDEA. SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei (Matth. 4. v. 4.)*

No nos admiremos de tan pomposas expresiones, que caracterizan tan singularmente la palabra de Dios. Aquella palabra, cuya eficacia compara David á un trueno capaz de asustar á todos los hombres, á un viento impetuoso que desarraiga los mas altos cedros del Libano, á un fuego devorador de cuya actividad nada se libra; aquella palabra eterna, en fin, que está en